

SANTA TERESA DE JESÚS Y SU CAPACIDAD DE ADMIRACIÓN

JOSE VICENTE RODRÍGUEZ
OCD

RESUMEN: Se trata de presentar a Santa Teresa como dotada de capacidad de admiración o asombro muy pronunciada. Se recorren todos sus escritos y se ofrecen ejemplos concretos de esa capacidad en todos los mundos en que se movió.

PALABRAS CLAVE: admiración / espantar / maravillarse / contemplación silenciosa / como gran homenaje a lo que la supera y trasciende sin medida.

ABSTRACT: Here we present Santa Teresa as endowed with a very pronounced capability of wonder and astonishment. We examine all her writings and offer concrete examples of this ability in all the contexts in which she moved.

KEYWORDS: Teresa of Avila / astonishment / wonder/ silent contemplation.

INTRODUCCIÓN

1.1. Teresa de Jesús era un alma porosa que iba absorbiendo y haciendo en sí tesoro de cuanto veía, de cuanto recibía. Meditando el pasaje evangélico de la Samaritana y el Señor junto al pozo de Jacob, episodio del que era muy devota aun antes de ser monja, habla de la fuente de agua viva que quitará la sed de la persona humana. Y se pone a hablar de las propiedades del agua: que enfría, que mata el fuego, y descubre que hay también un fuego (el alquitrán) que no se apaga con el agua sino que se enciende más y más con ella. Esto le llama la atención y exclama: «¡Oh, válgame Dios, qué maravillas hay en este encenderse más el fuego con el agua, cuando es fuego fuerte, poderoso, no sujeto a los elementos!» (CV 19, 2-3)¹.

1.2. Ante este fenómeno, estimulada por las maravillas que va descubriendo, suspira: «Mucho valiera aquí poder hablar con quien supiera filosofía, porque, sabiendo las propiedades de las cosas, supiérame declarar» (CV 19, 3). Se habría encontrado muy a gusto en compañía de los grandes filósofos: Platón y Aristóteles que le habrían dicho que la admiración es el origen de la filosofía. Platón, pone en boca de Sócrates las siguientes palabras: «Bien veo, estimado Teeteto, que Teodoro comprendió tu verdadera naturaleza cuando dijo que eres un filósofo, pues la admiración es lo propio del filósofo, y la filosofía comienza con la admiración». Aristóteles dirá: «Por la admiración comenzaron los hombres a filosofar en un principio y siguen ahora filosofando»².

1.3. De la admiración se han dicho tantas cosas. Platón y Aristóteles hablaron también de la admiración como de un temple de ánimo o talante, como de una actitud más o menos «existencial». Para Descartes la admiración es una de las seis pasiones primitivas del alma, junto con el amor, el odio, el deseo, la alegría y la tristeza³.

Todas estas peculiaridades se pueden aplicar a Santa Teresa. Y podemos concluir que: si la admiración es lo propio del filósofo, lo es mucho más del místico

1 Las siglas de las obras citadas son las siguientes:

Cta: Carta. *Edición Santa Teresa Cartas*. Burgos, Ed. Monte Carmelo, 1997.

Cp.: Conceptos del amor de Dios o Meditaciones sobre los *Cantares*.

CV: *Camino de perfección*, segunda redacción.

Exc: Exclamaciones.

F: *Libro de las Fundaciones*.

M: *Moradas*. El número antepuesto significa la morada correspondiente; el siguiente, el capítulo; y el tercero, el párrafo interno.

V: *Libro de la Vida*.

La edición de las *Obras Completas* aquí utilizada, excepto las *Cartas*, es la de la Editorial de Espiritualidad, 5.^a ed., Madrid, 2000.

2 *Cfr.* FERRATER MORA, José. *Diccionario de filosofía*, Madrid, Alianza Editorial, 1984, v. admiración, pp. 80 ss; Ídem *La admiración*, en *Cuestiones disputadas*, Madrid, 1955.

3 *Ibíd.*, *Diccionario de filosofía*, p.81.

de raza; y en el caso de Santa Teresa, dotada naturalmente de tan altas facultades anímicas, siendo tan gran creyente, y estando tan favorecida con favores preter-sobre naturales, es más propia de ella la admiración como un temple y como una pasión al encontrarse con realidades trascendentes que la desbordan sin medida.

En la noción general de este fenómeno están bastante concordes los estudiosos al decir que «la admiración es el sentimiento que resulta de una viva percepción de belleza física o moral, de la grandeza, de la bondad, realizadas en un grado superior»⁴.

1.4. «La admiración propiamente dicha pone en funcionamiento todas las potencias necesarias para responder a la pregunta suscitada por la sorpresa o, cuando menos, para aclarar su naturaleza y significado. En este último grado de admiración hay no sólo asombro inquisitivo por la realidad, sino también un cierto amor a ella»⁵. Y en el caso de Santa Teresa la admiración que le sobreviene frente a Dios y a Cristo Jesús le aumenta el grandísimo amor que nutre hacia ellos, y ese amor así acrecentado genera una admiración mayor y así sucesivamente, de modo que la admiración se convierte en algo así como en el oficio propio de ella.

1.5. «En un sentido específicamente religioso puede considerarse la admiración como una de las formas en que se manifiesta la actitud ante lo numinoso»⁶. De la actitud de la Madre ante lo religioso, específicamente cristiano, es de lo que tenemos más testimonios, aunque le tocase vivir de continuo en contacto con objetos y seres de este mundo, creyendo como creía «que en cada *cosita* que Dios crió, hay más de lo que se entiende; aunque sea una *hormiguita*» (4M 2, 2). Ya buenos testigos de su espíritu de admiración estos dos diminutivos: *cosita*, *hormiguita*.

1.6. Por necesidad de cosas y para que sea Santa Teresa la que nos instruya personalmente con sus propias palabras acerca de su capacidad de admiración, encontrará el lector aquí tanta letra teresiana que le va a parecer este trabajo, además de un estudio sobre el tema, una *pequeña antología* de textos. Creo que este entrelazado es lo más útil y lo más indicado en el caso; y de esta manera. Accedemos a la vivacidad admirativa encerrada en las propias palabras de la autora, quedando siempre abierta la puerta a esas otras realidades a que alude y para las que no encuentra palabras que sean capaces de transmitir las. Esta incapacidad confesada empuja a ponderar más y mejor las palabras verdaderas con que ha tratado de expresar lo que la desbordaba y dejaba paradójicamente sin palabras.

2.1. VOCABULARIO TERESIANO

Conviene tener presentes las frecuencias con que usa las voces relativas al mundo de la admiración:

4 DAESCHLER, R., *Dictionnaire de Spiritualité*, Paris, 1937, I, voz *admiration*, pp. 202-203.

5 Ferrater, *Diccionario*, p. 81.

6 *Ibid.*,

Admiración: 9 veces; admirar: 9 veces; admirable: 27 veces; admirablemente: 2 veces. Otra serie de voces con las que expresa ese mismo fenómeno: asombrar: 2 veces; espantar: 444 veces; espanto: 10 veces; espantoso: 15 veces; espantable: 3; espantablemente: 1 vez; maravilla: 37 veces; maravillar: 13 veces; maravillosamente: una vez; maravilloso: 4 veces; extrañamente: 3 veces; extrañar: 7 veces; extrañeza, 3 veces; extraño: 74 veces.

2.2. LOS MUNDOS DE SANTA TERESA

Los mundos de Santa Teresa en los que saltaba el resorte de su admiración podemos catalogarlos en natural, sobrenatural, preternatural.

Natural: el del orden de la naturaleza. Las criaturas, la creación entera.

Sobrenatural: el de la fe y sus misterios, el de las maravillas de la gracia. *Preternatural*: el de las visiones, revelaciones, con que la regalaba el Señor. Y en este mundo están presentes tantas veces elementos puramente sobrenaturales que se le dan a conocer en ese modo de comunicación que el Señor usa con ella.

2.3. Antes de entrar en cualquiera de estos espacios teresianos y ver cómo vibra ante ellos hay que recordar que para ella un punto de referencia necesario en cualquiera de los casos, era la omnipotencia de Dios. Este atributo divino le servía también de criterio y de pacificación: «En ser todopoderoso quedaban conclusas en mí todas grandezas que hicierais Vos; y en esto, como digo, jamás tenía duda» (V 19, 9). Apuntando al origen de lo objetivamente admirativo y de lo que llama subjetivamente nuestra atención, dirá: «Es Dios todopoderoso, y como lo quiso lo pudo, y así podrá todo lo que quisiere» (R 33, 3). Y acentúa especialmente ese punto de vista, insistiendo en que no hay que «desvanecerse» en querer entender lo que nos supera y hay que pensar y concluir siempre: «Basta ver que es todopoderoso el que lo hace [...], que es Dios el que lo hace» (5M 1, 11).

2.4. A lo que puede ser un convencimiento mental añade Teresa una de esas confesiones que dejan caracterizada toda la persona: «¡Oh Señor!, confieso vuestro gran poder. Si sois poderoso, como lo sois, ¿qué hay imposible al que todo lo puede? Quered, Vos Señor mío, quered, que aunque soy miserable, firmemente creo que podéis lo que queréis, y mientras mayores maravillas oigo vuestras y considero que podéis hacer más, más se fortalece mi fe y con mayor determinación creo que lo haréis Vos. Y ¿qué hay que maravillarse de lo que hace el Todopoderoso? Bien sabéis Vos, mi Dios, que entre todas mis miserias nunca deje de conocer vuestro gran poder y misericordia. ¡Válgame, Señor, esto en que no os he ofendido» (E 4, 2).

2.5. MUNDO NATURAL

Con algunos ejemplos muy simples quedará suficientemente explicada la marcha de la admiración teresiana en este mundo de cosas.

El coco

Se encontraba Santa Teresa en Toledo en julio de 1577, escribiendo el *Castillo Interior o Las Moradas*. La priora de Sevilla, María de San José, le envía una cesta de cocos. Teresa contesta el 11 de julio: «Los cocos recibí; es cosa de ver. Yo los enviaré a doña Luisa. El que viene para mí está muy aliñoso. Nuestro padre, que le ha de partir mañana. [...] Las hermanas se holgaron mucho de ver el coco, y yo también. ¡Bendito sea el que le crió, que cierto es de ver!» (Cta 202, 4, 6). Las expresiones: «es cosa de ver», «es de ver», apuntan a la admiración por el coco.

2.6. EL AGUA

Ya hemos oído anteriormente a Teresa maravillarse de los casos en que el agua no apaga el fuego sino que lo activa y enciende mayormente. Ahora nos confiesa que no encuentra nada más a propósito para declarar algunas cosas de espíritu que el agua. Dice que sabe poco, que su ingenio no le ayuda, que es muy amiga de este elemento, y le ha mirado «con más advertencia que otras cosas» y que le ha escogido como su aliado para hablar de las excelencias y maravillas del espíritu (4M 2, 2). En el libro de la *Vida* introduce un largísimo paréntesis con los capítulos 11-22, en los que se sirve de este elemento del agua de un modo maravilloso enseñando los cuatro modos de regar el huerto del alma. A lo largo de ese recorrido ante la acción del Señor sobre ella le brota la admiración más grande de modo que «yo me espanté y entendí en un punto (V 16, 2) el tipo de oración que me dio el Señor. Su admiración por la acción divina la vierte en su lenguaje exclamativo de esta manera: «¡Oh, válgame Dios! ¡Cuál está un alma cuando está así!. Toda ella querría fuese lenguas para alabar al Señor. Dice mil desatinos Santos, atinando siempre a a contentar a quien la tiene así» (V 16, 4). Envuelta en este mundo de lo maravilloso de la intimidad con Dios, y ayudada por las propiedades que halla en el elemento del agua, terminará por proclamar «que en todas las cosas que crió tan gran Dios, tan sabio, debe haber hartos secretos de que nos podemos aprovechar, y así lo hacen los que lo entienden» (4M 2, 2).

2.7. EL GUSANO DE SEDA

Entre las comparaciones de que se sirve la madre Teresa para explicar el mundo de las almas se lleva la palma la del gusano de seda, a la que echa mano para explicar la oración de unión. La llama «una comparación deliciosa», y comienza con una referencia explícita a lo maravilloso del caso: «Ya habréis oído sus maravillas (las maravillas de Dios) en cómo se cría la seda, que sólo él pudo hacer semejante invención» (5M 2, 2).

Al paso que va describiendo la transformación de la «simiente» en gusano va escanciando su admiración en una serie de diminutivos primorosos: gusanillo, ramillas, boquillas, capuchillos, mariposita, mariposilla, pobrecita... Y dialogando

con sus monjas, desde el libro, les dice: «En ello podéis considerar las maravillas y sabiduría de nuestro Dios», y termina como tocada de la melancolía del filósofo frustrado que lleva dentro de sí: «Pues ¿qué será si supiésemos la propiedad de todas las cosas?» (5M 2, 2). Llama la atención de cómo sabe servirse Teresa de esta comparación, diciéndonos que nunca ha visto los gusanos y su comportamiento; sólo lo sabe de oídas, «y así si algo fuere torcido no es mía la culpa».

2.8. HÁBITAT Y PAISAJE

Buena maestra de oración, señala que hay en esto «muchos caminos». Igualmente enseña que lo mismo sucede con los objetos y materias de reflexión o meditación: «Hay muchas almas que [...] se regalan y aprovechan en mirar el poder y grandeza de Dios en las criaturas, y el amor que nos tuvo, que en todas las cosas se representa. Y es admirable manera de proceder (V 13, 13).

Hablando de sí misma, confiesa: «Aprovechábame a mí también ver campo, agua, flores; en estas cosas hallaba yo memoria del Criador, digo que me despertaban y recogían y servían de libro» (V 9, 5). La despertaban a la oración, a la alabanza, a la admiración, a la acción de gracias. Describiendo su propio entorno vital nos cuenta: «Tengo una ermita que se ve el río, y también adonde duermo, que estando en la cama puedo gozar de él (del río Tormes a su paso por Alba de Tormes), que es harta recreación para mí» (Cta 59, 1). Y recreándose todavía, escribe a su hermano Lorenzo: «Tengo una celdilla muy linda, que cae al huerto una ventana, y muy apartada» (Cta 115, 2). Y todavía: «Me han dado una celda apartada como una ermita muy alegre, y tengo salud» (Cta 128, 3).

2.9. Todas estas ventajas que señala tan alegremente no las quería para alimentar simplemente su gusto estético sino que la ayudaban en su tanto por ciento para su vida de oración admirada y para la alabanza y bendición a Dios, a que era muy aficionada. Por eso también querrá para sus frailes y monjas espacios amenos, vistas, campo, etc., pues todo eso «ayuda a la oración y devoción» (CV 2, 9).

Unos ocho meses antes de inaugurar su primer monasterio de San José de Ávila, habla de esa casita a su hermano Lorenzo y le dice: «Aunque pobre y chica, mas lindas vistas y campo» (Cta 2, 3).

Pensando siempre en esas ventajas de agua y vistas, y campo y otros elementos favorables a la vida de la comunidad, estaba dispuesta a pagar mucho más de lo que costó alguna de ellas en buen puesto (Cta 103, 2). Al enterarse que la casa que les venden en Sevilla tiene «huertas y vistas», aplaude diciendo: «Para nuestra manera de vivir es gran negocio» (Cta 335, 6). Y unos meses más tarde, habla a esa misma comunidad de los bajeles que surcaban el Guadalquivir, y dice a la priora: «¿Piensa que es poco tener casa adonde puedan ver esas galeras? Por acá (por Castilla) las tienen envidia, que es gran calidad para alabar a Nuestro Señor. Yo le digo que, si se ven sin ella, que ellas la echen menos» (Cta 347, 13). En las ventajas de esta casa o de cualquiera otra parecida

para alabar al Señor entra de nuevo la oración de alabanza y de admiración y ese clima más propio para ello.

2.10. Cerramos ya este apartado con el recuerdo del viaje de la Madre y de sus acompañantes, camino de Beas de Segura a Sevilla, cuando se detienen el 18 de mayo de 1575 para pasar la siesta. María de San José, testigo presencial, lo cuenta así: «Aquel primer día llegamos a la siesta en una floresta, de donde apenas podíamos sacar a nuestra Santa Madre, porque con la diversidad de flores y canto de mil pajaritos, toda se deshacía en alabanzas a Dios» (*Libro de las recreaciones*, recr. 9). Aquí se ve claramente lo que queda dicho de la admiración como un temple de la persona; y allí donde encuentra el clima propicio, allí se manifiesta.

3.1. MUNDO SOBRENATURAL: LAS MARAVILLAS DE LA GRACIA

La palabra de Dios

Teresa no tenía en su tiempo las posibilidades que tenemos hoy para estudiar y profundizar en la palabra de Dios. Lo mismo que suspiraba por saber filosofía suspiraba frente a la palabra de Dios: «¡Oh Jesús, y quién supiera las muchas cosas de la Escritura que debe haber para dar a entender esta paz del alma!» (7M 3, 13). De aquí su empeño en que los letrados, los entendidos, los biblistas que diríamos hoy, le dijeran si su vida, sus visiones y revelaciones eran conformes con la palabra de Dios. Su disposición interior era la siguiente: «Por cualquier verdad de la Sagrada Escritura me pondría yo a morir mil muertes» (V 33, 5).

3.2. Cuando se ha metido a comentar algunos textos del Cantar de los Cantares sabe de sobra que hay personas cuitadas que más que admirarse, como hará ella, tropiezan y se escandalizan de ese lenguaje. La madre exclama: «¡Válgame Dios! ¿Qué nos espanta? ¿No es de admirar más la obra?» (Cp 1,10). Ya en el capítulo primero de estos Conceptos del amor de Dios cuenta lo siguiente: «Por cierto que me acuerdo oír a un religioso un sermón harto admirable, y fue lo más de él declarando estos regalos que la Esposa trataba con Dios; y hubo tanta risa y fue tan mal tomado lo que dijo, porque hablaba de amor (siendo sermón del Mandato, que es para no tratar otra cosa), que yo estaba espantada». Espantada de que hubiera gente tan ignorante. Y continúa: «Y veo claro que es lo que yo tengo dicho, ejercitarnos tan mal en el amor de Dios, que no nos parece posible tratar un alma así con Dios». (Cp 1, 5).

3.3. A sus hijas dará este consejo: «Pues concluyo en esto: que jamás en cosa que no entendáis de la Sagrada Escritura, ni de los misterios de nuestra fe, os detengáis más de cómo he dicho, ni de palabras encarecidas que en ella oigáis que pasa Dios con el alma, no os espantéis. El amor que nos tuvo y tiene me espanta a mí más y me desatina, siendo los que somos; que teniéndole, ya entiendo que no hay encarecimiento de palabras con que nos le muestre, que no le haya mostrado más con obras» (Cp 1, 7). En una de las copias de estas Meditaciones sobre los Cantares (o Conceptos del amor de Dios), se lee a propósito de la admiración

que provoca la palabra de Dios, lo siguiente: «Considerando, Dios y Señor mío, la alteza de vuestra divina Majestad y la grandeza de vuestra suma bondad en comunicaros tan familiarmente a las viles criaturas, *no sé cómo de admiración no salen de sí y procuran con todas sus fuerzas vuestra gracia y amistad, viendo que no sólo regaláis al alma haciéndoos manjar y comida suya, sino que gustáis de ser tratado de ella como tierno y querido Esposo, y que llegue a pedirnos ser besada con el beso de vuestra dulce y divina boca*». (Cp 1, 11).

3.4. Hablando conjuntamente de las palabras y obras de Dios asegura que «no yendo con curiosidad, sino tomando lo que su Majestad nos diere a entender, tengo por cierto no le pesa que nos consolemos y deleitemos en *sus palabras y obras*, como se holgaría y gustaría el Rey si a un pastorcillo amase y le cayese en gracia y le viese *embobado* mirando el brocado y pensando qué es aquello y cómo se hizo» (Cp 1, 8).

La expresión admirativa del hombre frente a las palabras y obras o acontecimientos divinos queda bien encerrada en el término: *embobado*, pariente de absorto, suspenso. Y creo que lo que quiere Teresa decir en definitiva es que la reacción humana ante lo que provoca su admiración es el mejor tipo de conocimiento que puede tener, mucho más valioso que tanto y tanto escandallar lo que nos supera. Los pastorcillos de Belén eran de esa familia de embobados de que habla Teresa. Y yo metería también en esa categoría a José y a María cuando San Lucas nos dice: «El padre y la madre del niño estaban admirados por las cosas que se decían de él» (Lc 2, 33).

4.1. «LAS GRANDES GRANDEZAS» DE DIOS

Teresa es una artista en adjetivar tirando del sustantivo mismo, sin cansarse en andar buscando otros: v. gr. piedad piadosa, grandeza grande. La palabra grandeza la usa 122 veces, y en torno a ella acumula exclamaciones y más exclamaciones, y tantos ¡válgame Dios!, y otras expresiones y efusiones oracionales, como la siguiente: «¡Oh Señor mío y Dios mío, qué grandes son vuestras grandezas! (4M 2, 5). Por el simple hecho de que las grandezas de Dios y sus maravillas son tantas, hay que tratar con Dios aplicando aquel criterio de la Madre: «Las cosas del alma siempre se han de considerar con plenitud y anchura y grandeza» (1M 2, 8). Si hay que funcionar así en las cosas del alma, doblemente hay que hacerlo en las cosas de Dios. A Teresa la llamaba el Comisario Apostólico, Pedro Fernández, «la de la gran cabeza». Con ese su gran talento sabía encaminar y aconsejar: «Pues Dios es infinito, ¿por qué ha de estar el alma cautiva a sola una de sus grandezas o misterios, pues hay tanto en qué nos ocupar? Y mientras en más cosas quisiéremos tuyas, más se descubren sus grandezas» (F 6, 7). El adjetivo grande lo usa nada menos que 3311 veces.

4.2. Este emparejamiento «grandes grandezas» nos ayudará a organizar sus ideas sobre las excelencias, y magnificencias divinas. El relato de sus experiencias

personales y de las experiencias que conoce de otras personas le hace ver que «acaece muy muchas veces quedarse así ciega del todo (esta palomita), absorta, espantada, desvanecida de tantas grandezas como ve» (V 20, 29).

Y esta otra comprobación: «Es su voluntad mostrar (Dios) su grandeza algunas veces en la tierra que es más ruin» (V 21, 9). Una experiencia más: «Me tenía a mí casi absorta, porque consideraba las grandezas de Dios en cuán poco tiempo había subido un alma a tan gran estado» (V 34,15).

Las grandes grandezas de Dios son una llamada grande y fuerte a tratar de conocerlas cada día más y mejor y su disposición interior es inmejorable: «De muy buena gana tomaría todos los trabajos, por un tantito de gozar más de entender las grandezas de Dios» (V 37, 2).

Además de ofrecerse a pasar todos los trabajos tiene conciencia de que «Su Majestad nos ha de meter y entrar él en el centro de nuestra alma; y para mostrar sus maravillas mejor, no quiere que tengamos en esto más parte de la voluntad que del todo se le ha rendido» (5M 1, 12).

4.3. Todas las grandezas de Dios son grandes; pero unas más grandes que otras. Frente a las *más grandes grandezas*, Teresa exclama: «¡Oh secretos de Dios! Aquí no hay más de rendir nuestros entendimientos y pensar que para entender las grandezas de Dios no valen nada» (Cp 6,7), y no le queda más que aconsejar al alma así enriquecida: «Gócese de esos gozos; admírese de sus grandezas» (Cp 6,3).

Esa ha de ser su ocupación y su tarea. Este mundo de maravillas divinas es como una escuela superior en la que el Todopoderoso es el maestro y el alma la receptora de tantos secretos. Y Teresa es una de las más grandes discípulas en esta asignatura, y por lo mismo viene a ser doctora en la materia.

Poniéndose a escribir sobre el texto del Cantar de los Cantares: «Metióme el Rey en la bodega del vino y ordenó en mí la caridad» (Cant. 2, 4), entiende «que es grande la grandeza de esta merced». Y le consta que Dios quiere que el alma se embriague bien, «bebiendo de todos esos vinos que hay en la despensa de Dios» (Cp 6, 3).

4.4. Y a la vista se van poniendo «las grandísimas ganancias que saca de allí por los efectos y por las virtudes y la viva fe que le queda y el desprecio del mundo» (Cp 6,6).

La Santa se imagina que sus lectoras le van a decir al oírla hablar de virtudes: «Diréisme que me declare más qué virtudes son éstas, y tenéis razón, que mucho va de virtud a virtud. Algunas diré: despreciar todas las cosas de la tierra y estimarlas en tan poco como ellas son; no querer bien suyo, porque ya tiene entendido su vanidad; no se alegrar sino con los que aman a Dios, cansarse de vivir por verse ausente de su tierra, y en esta peregrinación tener en tan poca estima las riquezas como ellas merecen; y deseo de trabajos que no lo puedo más encarecer; aborre-

cimiento de honra y otras cosas semejantes a éstas, que enseña el que las pone en tal estado» (Cp 3, 3, nota 2).

Especialmente brilla la humildad y el conocimiento y la aceptación de su pequeñez frente a la sublimidad divina.

Devota de San Agustín le vienen ímpetus de contar sus pecados a todo el mundo: «Mil veces, dice, me espanto y diez mil querría hartarme de llorar y dar voces a todos para decir la gran ceguedad y maldad mía, porque si aprovechase algo para que ellos abriesen los ojos» (V 35, 15).

4.5. Al aire de ese texto del Cantar de los Cantares (2, 4) como modelo a seguir frente a las comunicaciones divinas pone Teresa la persona de la Virgen María en su diálogo con el ángel. Cuando éste le dijo que «El Espíritu Santo sobrevendrá en ti; la virtud del muy alto te hará sombra», María «no curó de más disputas» (Cp, 6, 7). Así mostraba que estaba llena de fe y sabiduría, y sabía que interviniendo el poder y la fuerza del Altísimo «no había más que saber ni dudar». Y aquí rompe una lanza contra quienes no saben admirar las grandezas del Señor: Arremete contra «algunos letrados [...] que quieren llevar las cosas por tanta razón y tan medidas por sus entendimientos, que no parece sino que han ellos con sus letras de comprender todas las grandezas de Dios. ¡Si deprendiesen algo de la humildad de la Virgen sacratísima!» (Cp 6, 7). Lo que aquí denuncia es la falta de humildad, y la falta de sabiduría auténtica. Si tuvieran este tipo de sabiduría llegarían a reconocer la grandeza de Dios y a rendir sus entendimientos ante lo que les desborda; les falta, claramente, capacidad de admiración.

4.6. Gran contemplativa se explayaba navegando por el mar de los misterios divinos, pero le iba creciendo siempre la conciencia más clara de que le quedaba por conocer mucho, mucho más de lo que conocía. Su confesión es diáfana: «Que, cierto, veo secretos en nosotros mismos que me traen espantada muchas veces; ¡y cuántos más debe haber! ¡Oh, Señor mío y Dios mío, qué grandes son vuestras grandezas!, y andamos acá como unos pastorcillos bobos que nos parece alcanzamos algo de Vos, y debe ser tanto como nonada; pues en nosotros mismos están grandes secretos que no entendemos» (4M 2,5). En este texto, como se ve, apunta a lo misterioso que hay en el hombre y a lo más misterioso que hay en Dios, y ambos mundos entrelazados están alimentando su capacidad de admiración, día y noche. Y llama la atención de sus hermanas, diciéndoles: «Pareceros ha, hermanas, que está dicho tanto en este camino espiritual que no es posible quedar nada por decir. Harto desatino sería pensar esto; pues la grandeza de Dios no tiene término, tampoco le tendrán sus obras. ¿Quién acabará de contar sus misericordias y grandezas? Es imposible, y así no os espantéis de lo que está dicho y se dijere, porque es una cifra de lo que hay que contar de Dios» (7M 1,1). «Cifra» quiere decir abreviatura, compendio, una nada de lo que habría que decir y proclamar.

4.7. Centrándose más profundamente en los misterios de la fe y de la palabra de Dios confiesa a sus hijas: «Esto no entiendo cómo es y no entenderlo me hace gran regalo», y pasa esta actitud a sus hijas y a cualquier lector,

«porque verdaderamente, hijas, no ha de mirar el alma tanto, ni la hacen mirar tanto, ni la hacen tener respeto a su Dios las cosas que acá parece podemos alcanzar con nuestros entendimientos tan bajos, como las que en ninguna manera se pueden entender. Y así os encomiendo mucho que, cuando leyereis algún libro y oyereis sermón o pensareis en los misterios de nuestra sagrada fe, que lo que buenamente no pudiereis entender no os canséis ni gastéis el pensamiento en adelgazarlo» (Cp 1,1).

5.1. EL ALMA HUMANA

Teresa de Jesús usa en sus escritos la palabra alma 2.042 veces; y ya antes de 1577 la ha usado cerca de 1050 veces. Ha manejado tantas veces el vocablo y ha escrito ya tanto sobre el alma humana. Estando en 1577 aprestándose para cumplir el mandato que se le ha dado de escribir el libro que será *El Castillo Interior o Las Moradas* cuenta que no se le ocurría nada ni sabía cómo comenzar a cumplir aquella obediencia y se le ofreció para «comenzar con algún fundamento: que es considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas» (1M 1, 1).

El alma de la que comienza a tejer esas excelencias es el alma del justo que «no es otra cosa sino un paraíso adonde dice él tiene sus deleites». Todo este lenguaje tan ponderativo no es sino el de la admiración más grande que se acrecienta sabiendo las excelencias del Rey «tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes» que se deleita en este paraíso.

5.2. Siguiendo su estilo admirativo de lo incomparable sigue poniendo como fundamento: «No hallo yo cosa con qué comparar la gran hermosura de un alma y la gran capacidad, y verdaderamente apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen, a comprenderla, así como no pueden llegar a considerar a Dios, pues él mismo dice que nos crió a su imagen y semejanza» (1M 1, 1). Con la cláusula que viene después: «No hay para qué nos cansar en querer comprender la hermosura de este castillo», está sublimando la admiración que cada vez irá creciendo lo mismo que irá creciendo la incapacidad de comprensión y de explicación.

Después de esta presentación tan positiva, manifiesta lo que le duele lo que para ella es una lástima y confusión: que haya quien no se entiende a sí mismo ni sabe quién es. Si a alguien que se le preguntase «quién es y no se conociese ni supiese quién fue su padre ni su madre ni de qué tierra», no supiese dar razón de esto, calificaríamos esto de «gran bestialidad»,

Si esto es así, «sin comparación es mayor la (bestialidad) que hay en nosotros cuando no procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos y así a bulto, porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe, sabemos que tenemos almas».

Saber simplemente que se tiene alma es muy poco; ignorar qué bienes puede haber en esta alma, o quién está dentro o el gran valor de ella, lo consideramos

pocas veces. En fuerza de esta ignorancia el cuidado por conservar la hermosura del alma es casi nulo; «Todo se nos va en la grosería del engaste o cerca de este castillo, que son estos cuerpos» (1M 1, 2).

5.3. Desde estos planteamientos fundamentales, podemos entender que la dinámica de este libro se debe al empeño de la autora que, espoleada por la admiración que siente frente a la dignidad de la persona humana, quiere acentuar lo que ha llamado la gran hermosura de un alma y su capacidad. En esta obra, más que en ninguna otra, aparece el temple admirativo de la autora; y aparece en las páginas de corte positivo y también en las que llamaríamos de corte negativo, es decir, en las páginas en que habla «de cuán fea cosa es un alma que está en pecado mortal (1M 1, 2; 1M 2, 1-6), cuando podría estar reluciente de belleza.

5.4. Aparece también, como digo, su temple o actitud admirativa en el tratamiento que hace de los aspectos negativos, como puede verse, sobre todo en las Exclamaciones, cuando pondera que «para todo somos cobardes sino es para ir contra el Señor (Exc. 12, 1) y ve la prisa que el hombre se da para ofender al Señor (Exc. 10, 1). Y le causa admiración que no se entienda la hermandad que tenemos con Dios (Exc 14,2), y maravilla olvidar las palabras de Dios «con la locura y enfermedad que causan nuestras malas obras» (Exc 8, 1). Y estas actitudes y desatinos humanos la espantan, la sobrecogen, que es lo mismo que la admiran grandemente.

5.5. Para decir una palabra acerca de la capacidad del sujeto humano que asocia la Santa a la gran hermosura del alma (1M 1, 1), la deja ilustrada muy gráficamente haciendo ver que la que llamaríamos capacidad nativa de la persona humana sufre por la acción de Dios «un dilatamiento o ensanchamiento en el alma, a manera de cómo si el agua que mana de una fuente no tuviese corriente, sino que la misma fuente estuviese labrada de una cosa que mientras más agua manase más grande se hiciese el edificio, así pare en esta oración , y otras muchas maravillas que hace Dios en el alma, que la habilita y va disponiendo para que quepa todo en ella» (4M 3, 9). Total: el recipiente no se llena porque, en la medida en que recibe el líquido se va ensanchando, va creciendo. Y este fenómeno espiritual, del que tiene experiencia es una de las grandes maravillas del Señor, que alimenta sin parar su capacidad de admiración.

6.1. EL VERBO *ESPANTAR*

En el vocabulario teresiano hemos recogido el verbo *espantar* y es tanta la frecuencia con que lo usa que llama la atención. No se pueden traer aquí ni todos los textos ni contextos de esta voz; a modo de ejemplos aportamos algunos.

Ya de niña se espantaban ella y su hermanito Rodrigo de decir que gloria y pena eran para siempre (V 1,4); la espanta, a veces, ver el daño que hace una mala compañía (V 2, 4); en sus reflexiones espirituales ha pensado espantada en la gran bondad de Dios y se ha regalado de ver su gran magnificencia y misericordia (V

4,10); repensando en la gran paciencia que Dios le dio para poder soportar tantos sufrimientos y enfermedades se espanta y considera la gran merced que Dios le hizo (V 5,8); hablando de su Santo preferido, san José, se espanta de las grandes mercedes que el Señor le ha hecho por medio de este Santo (V 6, 6); convencida de lo que vale una gran determinación en la vida espiritual, «espántame lo mucho que hace en este camino animarse a grandes cosas» (V 13, 2); las misericordias del Señor para con ella, espantan a los que las ven «y a mí me saca de mí muchas veces para poderos mejor alabar» (V 14, 11).

6.2. La primera palabra que le habló el Señor: «Sirveme tú a mí, y no te metas en eso», la espantó mucho (V 19, 9); en las hablas de Dios el mismo entendimiento y el alma quedan espantadas de algunas de las cosas que entienden (V 25, 8); ante algunas de las comunicaciones del Señor acerca del misterio de la Santísima Trinidad quédase el alma «tan espantada, que basta una merced de estas para trocar toda un alma y hacerla no amar cosa sino a quien ve que, sin trabajo ninguno suyo, la hace capaz de tan grandes bienes y le comunica secretos y trata con ella con tanta amistad y amor que no se sufre escribir» (V 27, 9); y hay mercedes tan grandes que a veces hacen sospechar acerca de su origen, precisamente, «por ser de tanta admiración y hechas a quien tan poco las ha merecido, que si no hay muy viva fe no se podrán creer» (V 27, 9). Experiencias personales como éstas hacen pensar a Teresa y ya vemos cómo para reaccionar admirativamente y aceptarlas hay que armarse de viva fe.

Cuenta cómo «estando un día en oración me hallé en un punto toda, sin saber cómo que me parecía estar metida en el infierno» (V 32, 1). Aunque duró un brevísimo espacio esa experiencia infernal, «aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidárseme». Su reacción ante esta experiencia fue de espanto: «Yo quedé tan espantada, y aun lo estoy ahora escribiéndolo, con que ha casi seis años, y es así que me parece el calor natural me falta de temor, aquí donde estoy» (V 32, 4).

6.3. *Espantar* parece el verbo más socorrido frente a tantas experiencias y dificultades como las que se le presentaban en ese transmundo que para ella había organizado el Señor; cómo discernirlas exactamente, cómo acertar a interpretarlas; cómo saber referirlas a letrados y confesores. A Teresa le espanta ver, mirar la majestad divina de Cristo el Señor, pero «la espanta más su humildad y el amor que mostráis a una como yo» (V 37, 6). En las apariciones de Cristo Jesús, le iba el Señor mostrando progresivamente sus «más grandes secretos». Pero no podía ver «más de lo que el Señor quería mostrarme». Y aunque así fuera, dirá: «Era tanto, que lo menos bastaba para quedar espantada y muy aprovechada el alma para estimar y tener en poco todas las cosas de la vida» (V 38, 2). Así las comunicaciones de lo alto, además de provocar en ella la admiración y alabanza, le servían de medios para aprovechar en el camino de la virtud.

Contando la visión de la Humanidad sacratísima del Señor que tuvo «con más excesiva gloria que jamás la había visto», tiene que recurrir al espanto: «Quedé tan espantada y de tal manera que me parece pasaron algunos días que no podía

tornar en mí; y siempre me parecía traía presente aquella Majestad del Hijo de Dios» (V 38, 17).

Ante las comunicaciones extraordinarias de Dios a las almas no se puede olvidar «que lo da el Señor cuando quiere, y no se puede adquirir» (6M 8, 5). Estas y otras cosas espirituales no se saben decir, pero «entiéndese por ellas cuán bajo es nuestro natural para entender las grandes grandezas de Dios, pues aun éstas no somos capaces sino que, con admiración y alabanza a Su Majestad pase quien se las diere; y así le haga particulares gracias por ellas, que pues no es merced que se hace a todos, hase mucho de estimar y procurar hacer mayores servicios, pues por tantas maneras la ayuda Dios a ello» (6M 8, 6). Esto mismo sirve para fortalecer y cimentar mayormente la humildad y para sentirse más obligada a servir al Señor «y cualquier falta que hace le atraviesa las entrañas y con muy grande razón» (6M 8, 6).

6.4. Más de una vez habla de los efectos de visiones y otras comunicaciones divinas (V, 28, 10-13; 32, 12) y, habiendo visto la Humanidad de Cristo, al acercarse a comulgar, después de visiones tan altas, se admiraba de la sabiduría tan grande del Señor «disimulada en cosa tan poca como es la Hostia» y no sabe cómo le da el Señor ánimo ni esfuerzo para llegarse a Él (V 38, 21). Otro de los campos en los que se multiplica la admiración teresiana se encuentra precisamente en su relación con la Eucaristía.

Devota del Paternóster, lo explica en el *Camino de Perfección*, pero no hará declaración sino consideración sobre estas palabras (CV 21, 3). Alaba mucho al Señor viendo cuán subida en perfección es esta oración y manifiesta su admiración diciendo: «Espántame ver que en tan pocas palabras está toda la contemplación y perfección encerrada, que parece no hemos menester otro libro sino estudiar en éste» (CV 37, 1). Sin salir de este espanto, al meditar las primeras palabras, dice al Señor: «En comenzando, nos henchís las manos y hacéis tan gran merced que sería harto bien henchirse el entendimiento para ocupar de manera la voluntad que no pudiese hablar palabra. ¡Oh, qué bien venía aquí, hijas, contemplación perfecta! ¡Oh, qué bien venía aquí, hijas contemplación perfecta!» (CV 27, 1).

6.5. Adelantando ya en el *Camino de Perfección* el símbolo del *Castillo Interior* (CV 28, 9-11), alude al aposento del alma en donde mora el Señor, y esto le hace exclamar: «Mas ¡qué cosa de tanta admiración, quien hinchara mil mundos y muy muchos más con su grandeza, encerrarse en una cosa tan pequeña! A la verdad, como es Señor, consigo trae la libertad, y como nos ama, hácese a nuestra medida» (CV 28, 11).

La admiración que se apodera de ella no se queda en pasmo sino que la enriquece mentalmente y en este caso la lleva a admirar también la libertad y el amor que trae consigo ese comportamiento divino. Está tan poseída de la grandeza y hermosura del alma, como «palacio de grandísima riqueza, todo su edificio de oro y piedras preciosas, en fin, como para tal Señor», que hay que estar bien convencidos «que hay otra cosa más preciosa, sin ninguna comparación, dentro de nosotras que lo que vemos por de fuera: no nos imaginemos huecas en lo interior» (CV 28, 10).

6.6. EL PAISAJE INTERIOR

Más arriba hemos hablado del *paisaje y hábitat* exterior en la vida de Santa Teresa. El más grande teresianista de la historia, Tomás Álvarez, escribió hace años *Ante el paisaje interior*. Y reproduce un texto brevísimo, que comenta, de una de las relaciones o Cuentas de Conciencia de la Madre.

El texto escrito probablemente en 1575 en Sevilla, es el siguiente:

Estaba una vez recogida con esta compañía que traigo siempre en el alma. Y parecióme estar Dios de manera en ella, que me acordé de cuando Pedro dijo: «Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo». Porque así estaba vivo en mi alma. Esto no es como otras visiones, porque lleva fuerza con la fe. De manera que no se puede dudar que está la Trinidad por presencia y potencia y esencia en nuestras almas. Es cosa de grandísimo provecho entender esta verdad. Y como estaba espantada de ver tanta majestad en cosa tan baja como mi alma, entendí: «No es baja, hija, pues está hecha a mi imagen». También entendí algunas cosas de la causa por qué Dios se deleita con las almas más que con otras criaturas, tan delicadas que, aunqu el entendimiento las entendió de presto no las sabré decir (CC 41, Rel., 54).

6.7. En plan de comentario leve: anotemos el provecho que se sigue al alma por entender la verdad de esta presencia de Dios en ella. Dios Trino y Uno no está solo en este palacio del alma. En CV 28, 13, pregunta: «¿Pensáis, hijas, que viene solo? ¿No veis que dice su Hijo *que estáis en los cielos*? Pues un tal Rey, a osadas que no le dejen solo los cortesanos, sino que están con Él rogándole por nosotros todos para nuestro provecho, porque están llenos de caridad». Muy fina la observación de esta presencia de la corte celestial y de su oración por nosotros, señalando el origen y la fuente de esa intercesión: «porque están llenos de caridad». Así se va completando el paisaje interior de que disfruta el alma. Y no sólo ruegan por nosotros los cortesanos del cielo sino que la propia alma, disfrutando de esa compañía y sabiendo que en el palacio del alma «está este gran Rey, que ha tenido por bien ser vuestro Padre» (CV 28, 9), desechando humildades tontas y falsas se emplea en la oración más integral, como aconseja finamente: «Tratad con Él como con Padre y como con hermano y como con señor y como con esposo; a veces de una manera, a veces de otra, que Él os enseñará lo que habéis de hacer para contentarle» (CV 28, 3). «Dejaos de ser bobas; pedidle la palabra, que vuestro Esposo es, que os trate como tales. Mirad que os va mucho tener entendida esta verdad: que está el Señor dentro de nosotras y que allí nos estemos con él» (CE 46, 3). De la verdad de la presencia de Dios en todas partes y que adonde está Dios, es el cielo, saca Teresa otra serie de verdades muy útiles. Y la siguiente apóstrofe es como una recreación de lo que puede y debe ser el trato con Dios: «¿Pensáis que importa poco para un alma derramada entender este verdad y ver que no ha menester para hablar con su Padre Eterno ir al cielo ni para regalarse con Él, ni ha menester hablar a voces? Por paso (es decir, por bajito) que hable, está tan cerca

que nos oirá; ni ha menester alas para ir a buscarle, sino ponerse en soledad y mirarle dentro de sí y no extrañarse de tan buen huésped; sino con gran humildad hablarle como a Padre, pedirle como a Padre, contarle sus trabajos, pedirle remedio para ellos, entendiendo que no es digna de ser su hija» (V 28, 2). Aparte esta relación con Dios Padre, al afirmar con tanto brío la presencia de «Cristo vivo en mi alma», está haciendo ver que Cristo Jesús es uno de los personajes de su paisaje interior; y eso lo podemos saber por lo que para Teresa de Jesús significaba la persona de Cristo y por el trato tan confiado que tenía con Él. Bastaría repasar las afirmaciones categóricas que hace de Cristo como amigo: «¡Oh, qué buen amigo hacéis, Señor mío!» (V 8, 6). «Con tan buen amigo presente, con tan buen capitán que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir. [...] ; es ayuda y da esfuerzo; nunca falta; es amigo verdadero» (V 22, 6). «¡Oh Señor mío, cómo sois Vos el amigo verdadero...! (V 25, 17).

Vista la actividad de Dios y de Cristo vivo en ella, este paisaje interior resulta mil veces más rico que todos los paisajes exteriores que pudo contemplar Teresa de Jesús, desde su celda, desde su chirriante tartana de fundadora, o a campo abierto. Hay que anotar también el dato de la reacción de espanto admirativo que la tomó ante tanta Majestad. ¡Espantada de ver tan grande Majestad en cosa tan baja! La palabra del Señor defendiendo la nobleza del alma nos lleva a los primeros compases del Castillo Interior, cuando pone como fundamento para lo que va a escribir la hermosura y dignidad del alma. En verdad que todo esto: compañía de Dios, presencia de la Santísima Trinidad y de Cristo vivo, y de su trato con ellos, y todo lo demás que le fue comunicado lo podemos llamar paisaje interior, donde queda bien aludido cuántas cosas se le dieron a conocer en el momento, pero que no lo sabe explicar; «que parece el entendimiento entiende como una persona, que, durmiendo o medio dormida, le parece entiende lo que se habla» (CC 42). Tenemos aquí un testimonio bien claro de la admiración con que ha captado una vez más una de las «grandes grandezas» de Dios, que es tan grande que la desborda y no sabe explicarlo.

6.8. Si en las cosillas más pequeñas encontraba Teresa ya tanto que admirar, donde su capacidad de asombro o de admiración explotaba sin remedio era ante la persona de Cristo, no simplemente ante su figura o representación. En este punto, además de textos teresianos ya mencionados, lo mejor sería acumular otros testimonios (especialmente de V cap. 38) y dejarlos sin comentar, ya que la mística que ha sido agraciada con esa comunicación divina está transida de admiración inigualable y de contemplación y de silencio adorante. Es en este caso una admiración sin palabras. Nos bastará traer aquí unas afirmaciones acerca de los grandes secretos que le iba mostrando el Señor acerca de la humanidad de Cristo el Señor:

Quisiera, dice yo poder dar a entender algo de lo menos que entendía, y pensando cómo puede ser, hallo que es imposible; porque en solo la diferencia que hay de esta luz que vemos a la que allá se representa, siendo todo luz, no hay comparación, porque la claridad del sol parece cosa muy desgustada (deslustrada); en fin,

no alcanza la imaginación, por muy sutil que sea, a pintar ni trazar cómo será esta luz, ni ninguna cosa de las que el Señor me daba a entender con un deleite tan soberano que no se puede decir; porque todos los sentidos gozan en tal alto grado y suavidad, que ello no se puede encarecer, y así es mejor no decir nada (V 38, 2).

En este único y verdadero Jesucristo, al que trataba como a su contemporáneo, encontró la Santa el gran interlocutor en su vida de oración como diálogo de amor, y en él encontraba todos los tesoros del Padre y el campo abierto de «las más grandes grandezas» y maravillas. Y en este mar que no podía vadear se anegaba felizmente y se transfiguraba su capacidad de asombro y admiración.

7.1. FINAL DEL RECORRIDO

Digo: final *del recorrido* en el que hemos tratado de captar los sentimientos, emociones, doctrina de Santa Teresa sobre su capacidad de admiración; no digo *final del tema*, porque este es interminable, como interminable es la acción del Señor autor de tantas maravillas en cielo y tierra. E interminable es la capacidad de asombro de Teresa de Jesús, tal como ella misma nos ha hablado del recipiente que se ensancha sin parar (4M 3, 9). Como componente de su Santidad personal, hay que poner en su hagiotipo esta capacidad de admiración o asombro. Por ese conducto le fueron llegando tantas riquezas interiores y a la sombra y en el terreno vital de esa admiración fueron creciendo sus virtudes. Creo que cuando tornaba a decir a sus monjas que para ser Santas «es menester no poner vuestro fundamento sólo en rezar y contemplar; porque, si no procuráis virtudes y hay ejercicio de ellas siempre, os quedaréis enanas» (7M 4, 9), tenía muy presentes los numerosos consejos que les ha ido dando de cómo hay que cultivar la contemplación y las virtudes, viviendo la admiración ante las maravillas del Señor. Y ya nos ha presentado una larga lista de virtudes que, según ella, brotaban del cultivo de la vida de admiración (Cp 3, 3). La admiración y el asombro no pueden faltar en toda existencia cristiana, se trate, como hacen los tratadistas de vida espiritual, de principiantes, aprovechados o perfectos. La admiración en Teresa de Jesús es hija de la fe, y cuanto más ilustrada tenía la fe tenía también una admiración más poderosa. Teresa pudo activar tan fuertemente su admiración en lo cristiano y espiritual, porque estaba bien dotada de esa capacidad de asombro ya en el orden puramente humano. Y las vivencias de su admiración en lo sobrenatural y preternatural agudizaban asimismo esa misma capacidad de que estaba dotada su naturaleza. Fundidas estas capacidades en un solo impulso, nos ha dado la Santa Doctora sus mejores experiencias acerca de lo divino y de lo humano.

Cerramos el recorrido con una profesión de fe y de amor de Teresa de Jesús que, en el vuelo de su oración encendida, nos regala lo mejor de su capacidad de asombro:

¡Oh Emperador nuestro, sumo Poder, suma Bondad, la misma Sabiduría, sin principio, sin fin, sin haber término en vuestras obras! Son infinitas sin poderse comprender, un piélago sin suelo de maravillas. Una Hermosura que tiene en sí todas las hermosuras, la misma Fortaleza! ¡Oh, válgame Dios! ¡quien tuviera aquí junta toda la elocuencia de los mortales, y sabiduría para saber bien –como acá se puede saber, que todo es no saber nada, para este caso– dar a entender alguna de las muchas cosas que podemos considerar para conocer algo de quién es este Señor y bien nuestro (CV 22, 6).

BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA

AYMAR, P. *Saber maravillarse*. Madrid: Ed. Paulinas, 1981.

DAESCHLER, R. *Dictionnaire de Spiritualité*. París, 1937.

FERRATER MORA, J. *Diccionario de filosofía*. Madrid: Alianza Editorial, 1984.

Jose Vicente Rodríguez, carmelita descalzo (DNI, José Antonio Rodríguez: 7693347-P) Licenciado en Teología en Roma, profesor de Mística en Roma y España. Estudioso de la vida y obras de San Juan de la Cruz y de todo lo carmelitano ha publicado 20 libros sobre estas sus especialidades. Ha impartido cursos en España, Portugal, Italia, Austria, Alemania y México, entre otros países. Asimismo, ha colaborado ampliamente en el *Diccionario biográfico español de la Real Academia de la Historia*. Actualmente vive en Toledo y sigue siendo profesor en la llamada Universidad Mística de Ávila.